

«El Terruño», por Carlos Reyles

Más aún que por su valor literario, — que es muy grande, indudablemente, — es la última novela de Carlos Reyles, «El Terruño», un verdadero acontecimiento en nuestro reducido mundo intelectual. Hasta ahora nuestros contadísimos novelistas camperos habían hecho obra de índole distinta: pictórica, histórica o costumbrista, palpable sobre todo en lo que llevan escrito Azevedo Díaz y Javier de Viama. Lo que no se había tentado aún en una obra de gran aliento — y por eso representa gallardamente «El Terruño» un nuevo ensayo, — era la novela tendenciosa, es decir, puesta al servicio de un cuerpo de doctrinas bien definido. Tal intento ha alcanzado la coronación que era de esperarse en una pluma tan avezada en esas nobles lides como es la de Carlos Reyles y brilla por igual en la fuerte enjundia de la obra, perfectamente concluída y conducida, en la valiosa observación psicológica de los personajes y en la soberana limpieza del estilo. Desde todos estos puntos de vista primordiales en una obra de esta clase, es «El Terruño» una novela sobresaliente que hace honor a nuestras letras y que acusa un fuerte espíritu

creador, abundante a la vez en rica savia ideológica en provechosas disciplinas mentales.

Por mucho que parezca desdeñar la Pedagogía, y trate de darle, venga bien o no, enérgicos y malevolentes pisotones, Carlos Reyles ha querido hacer en esta novela, obra pedagógica. De tal y no de otra clase es el soplo que anima a esas páginas brillantes en las que canta las excelencias de la vida sana y afirmativa, entregada por entero a la fecunda labor del trabajo rural, lejos de la ciudad, propicia a las voluptuosidades enervadoras del carácter o infeccionada por ideologías decadentes. Su misión es la del predicador, la del maestro: enseñar. Ya en otro libro selecto, «La muerte del Cisne», había predigado idénticas ideas de regeneración individual y colectiva, envueltas en el disfraz de una filosofía varonil ennoblecida por la música de una prosa magnífica que es, probablemente, la más hermosa que se ha escrito en el país. Si bien esas ideas no han sido hallazgos de Reyles, pues responden a las conclusiones a que ha llegado una fuerte corriente intelectual contemporánea, lo que hay de original es que ha sido Reyles el primero que las ha expuesto y defendido entre nosotros, con una rara valentía y una completa posesión del asunto. El triunfo de la acción sobre la contemplación, del impulso sobre el análisis, de la experiencia sobre la teoría, del pragmatismo sobre el intelectualismo, son, con pequeñas diferencias, los principios filosóficos que defienden un gran número de pensadores modernos que han traído al campo de la especulación nuevos e inquietantes problemas

a resolver. Entre ellos podemos contar desde los James y' Roosevelt, obreros de la férrea democracia americana, hasta los Le Bon y Bergson y los Nietzsche y Bernhardt, representantes de viejas civilizaciones que agonizan actualmente bajo la pesadilla de un sangriento crepúsculo. La bestia rubia del gran atormentado parece haber inspirado esta vez el ideal de perfección, de superación aristocrática a un inquieto soñador latino, brioso e impaciente, convencido de la infalibilidad de las sociales jerarquías instituidas por las leyes intrasmutables que presiden el funcionamiento regular de los organismos vivientes. No es extraño que lo amarguen los triunfos de lo que él considera la mediocridad subalterna, — la canalocracia del ingenuo Darío, — y que lo irriten espectáculos que contemplan con el desdén que le dictan severas premisas aceptadas como artículos indiscutibles de una nueva fe dogmática, en que la propia adoración es el primero y' el último de los mandamientos inscriptos en sus Tablas de la Ley.

He ahí porque "El Terruño" significa un inusitado acontecimiento en nuestro ambiente, pastoril todavía apesar de que la cultura europea lame su periferia litoral, pero que no ha ahondado hasta el mismo corazón del país. Gravemente, hace prosperar Reyles hondos y trascendentales problemas sociológicos bajo un cielo virgen de tales preocupaciones que ha contemplado sólo sencillas escenas de vida primitiva, ya amorosas, ya violentas, pero siempre ingenuas, incomplicadas, a lo más, sentimentales y casi siempre instintivas. Para ello ha

tenido que forzar la realidad, crear tipos y' situaciones, imaginar con generosa esplendidez de hidalgo de las letras una trama interesantísima plasmada enteramente por su fuerte y agresivo subjetivismo. No importa que haga figurar alrededor del tipo central algunos personajes arrancados de cuajo a la realidad por su fina observación; el artista gusta burilar sus criaturas en las cuales contempla cariñosamente un girón de sí mismo, y las tortura con sus propios entusiasmos, como que ellas han de dar forma a las ideas que las mueven y al servicio de las cuales han surgido desde las reconditas del misterio en que yacían. Esa unión entre el novelista y sus personajes es más o menos intensa en todos los escritores, aún cuando estén seguros de realizar obra plenamente realista, es decir, intérprete fiel de las cosas tales como se presentan a la humana investigación. Ese subjetivismo adquiere, según la psiquis del escritor, mayor o menor importancia hasta el punto de absorber en algunos casi por completo el dominio de las sensaciones y' hasta pasar, en otros, casi desapercibido entre el triunfo resonante de la objetividad. Reyles es de los primeros, un escritor de potente y robusta vida psicológica, una llama siempre encendida, un enérgico "centro del universo" que ansía encajar la realidad existente entre los límites definidos del ensueño que lo agita. La orientación unilateral de su pensamiento está mantenida por una voluntad masculina que se revuelve, como el león en su jaula, irritada por el tiempo que tarda el mundo en conformarse a su fuerte ideal do-

minador. Y se exaspera más todavía por la indiferencia, — esa resistencia de la incompreensión, — que rodea a su empeinado batallar, huérfano del supremo aliciente de las futuras cosechas; por la ceguera de sus compatriotas los cuales sonríen incrédulos ante sus bellas metáforas; por el vacío sin fin y sin sonoridad en que han caído, como estrellas apagadas, sus arriesgadas concepciones espirituales y las radiantes parábolas de sus altivos evangelios.

Desde el punto de vista del desarrollo de su trama es "El Terruño" una obra de corte sencillo y uniforme, como que toda la acción gira obediente alrededor de un tipo central, Toeles, que es el que mantiene la armonía de la obra, desde el principio al fin. Todos los demás personajes que intervienen son secundarios, pues ninguna de ellos tiene vida propia y sólo han sido engendrados para servir de marco al protagonista o para auxiliarlo o contradecirlo con el objeto de que se manifieste en su plenitud, tal cual es, con su alma cambiante y contradictoria al desnudo. En el doloroso proceso psicológico por que hará pasar Reyles a este personaje está la justificación de la fábula, la dinámica que empujó la mano impaciente del escritor. Es Toeles un hombre de cuerpo desmedrado y raquílico, pero de una intensa vida cerebral, que ha gastado sus mejores años quemándose las pestañas sobre los libros intentando poseer los principios de una filosofía vana, abstrusa y palabarrera que da con él, finalmente, en la acción política electorera y democrática, — asilo común de todas las mediocridades

des según, Reyles, — después de ambular estúpidamente por cenáculos de desorbitados decadentes de larga melena y hueca mollera. Toeles es un producto natural en nuestro ambiente de falsedades y trasnochados romanticismos de genuino origen latino. Es un hombre engañado por juegos de artificio, que parece empeñarse en marchar a espaldas de la realidad y cuyo fin tiene que ser necesariamente un fracaso tan completo como doloroso.

Toeles fracasa, pero entonces, en vez de reconocerse en un acto de sincera contrición, libérase de orgullo sombrero y culpa a la estupidez de los otros el martirio lacrimante de sus llagas abiertas. Dolorido contra todo y contra todos, va a dar con sus huesos y su mujer a casa de sus suegros, en medio del campo, en donde reina una tranquila y reconfortante sencillez eclógica. Allí lo toma el novelista para seguir paso a paso la evolución que ha de transformar total y sustancialmente su vida. La comunión con que la naturaleza, la libertad de estar a solas consigo mismo, la contemplación de la vida sana y de una sola pieza de los que lo rodean lo convence del profundo error de que ha sido juguete, de lo ficticio de sus ensueños de regeneración colectiva a base de discursos y de leyes, de su ridícula y apesetosa vanidad de sabibondo. Cuando llega el momento trascendental de efectuar un balance de su existencia, aporta a la conclusión de que tiene cuarenta años y está aún al pie de la montaña a que pensaba llegar, sin haber avanzado un solo paso, como un sonámbulo que hubiera dado vueltas continuas alrededor del mismo círculo. Por

medio de una súbita revelación interior, descubre que no ha hecho más que correr tras ilusos espejismos, mientras ha desperdiciado miserablemente todas las energías viriles y afirmativas que desbordaban en su alma. "A todo trance, — piensa, — quisiera ser un intelectual. La tal palabreja me da dentera y revuelve las tripas. ¡Un intelectual! Como si lo supremacía de la razón razonante no fuera pura gollería, del mismo modo que la Libertad, el Derecho, el Ideal y otros fantasmas tras los cuales corrí apartándome de la senda tortuosa, agria, pero cierta por donde avanza matando quimeras el egoísmo de cada criatura. Yo, al revés, me metí entre coja y coja el insensato propósito de destruirlo, y ahora caigo en la cuenta de que ese egoísmo es lo único sano, la tierra firme sobre la que el hombre levanta, obedeciendo a leyes inexorables, las fábricas de las religiones nobles y duraderas. Amor, altruismo, entusiasmo, fe que no tienen esa base son caprichosas arquitecturas y ridículos castillos en el aire".

Tal el cuerpo de la doctrina. Ninguna novedad trae ella al campo de la especulación filosófica. Ninguna novedad representa tampoco dentro de la obra literaria de Carlos Reyles. Ya en "La muerte del Cisne" ha defendido con arrebatadora elocuencia idénticos principios que se le autojan claros como la luz. Forman el esqueleto de su prédica, la ideología de la fuerza y la metafísica del oro, éste como premio rubio de los esfuerzos, aquélla como único vehículo para alcanzar el éxito, razón de nuestra vida. Todas las virtudes que llama cristia-

nas no son sino efectos de reblandecimientos cerebrales que conducen directamente al suicidio de la personalidad humana. Hay necesidad de transmutar todos los valores subvertidos por largos y oscuros siglos de esclavitud mesiánica. El hombre debe volver a conquistar su triunfante animalidad, aplastada por una montaña de prejuicios, de debilidades, de nefastos renunciamentos que la privan de su real dignidad. El egoísmo es la primera fuerza; la lucha por el dominio el sport impuesto a toda célula por la misma naturaleza. Todo lo demás es hipocresía, afeminamiento, degeneración. El individuo, solo, apartado de sus semejantes por incolmables abismos es la potencia absoluta y delirante, la cifra suprema, el principio y el fin. Unión, solidaridad, amor, democracia y todos los conceptos plurales, simples palabras representativas de vergonzosas elucidaciones que dan origen a hechos que atan al hombre en la cruz de sus propios e irremediabiles desaciertos. Hay que reaccionar, imponer por la fuerza que es el nervio del mundo, el orden lógico, extraviado por indecizas quimeras que jamás plasman en sólidas y duraderas realidades. Hay que dar a la voluntad indomable y al dolor estimulante el primer puesto que reclaman. Absolver para siempre las fatales quimeras idealistas, los propósitos de igualitarismo social hundir en el polvo de la esclavitud para que ha sido hecho, al pueblo, endoquizado por las farsas de los demagogos y devolverlo de nuevo al servicio de los magníficos aristos. Despertar a la Humanidad del sueño encantador pero mortal en que la sumió la ilusión

y castigarla con los látigos crueles de la realidad y espolear sus flancos sangrientos con las agudas espuelas de la ambición. Nada de romanticismos ñoños, de intelectualismos infecundos, de estúpidos errores trascendentales. La vida es acción, no contemplación; crueldad, no piedad; instinto, no inteligencia. Borrar de un golpe todo el pasado es, sino la tarea más fácil, la más necesaria. Los que sostienen lo contrario son unos utopistas, unos mentecatos o unos pervertidos. Todo es permitido menos violar el orden natural de las cosas.

Hacia tales países evoluciona lenta pero firmemente Toeles, el idealista impenitente, el ingenuo soñador atiborrado de venenosa erudición libresca, el amargado por todos los fracasos, por todas las tundas que le ha dado la realidad. Como se ve, Toeles va hacia Nietzsche, sugestionado por el alarido resonante del gran Federico, el maravilloso exaltador de la fuerza y de la energía, el moralista que erige su áspera roca más allá de la esfera ética del Bien y del Mal y aspira al fruto milagroso de la última selección superadora. Pero ¡ay!; esa evolución no es tan profunda como lo juzga Reyles, y en este punto, verdadera médula de la novela, su intento falla por completo. Toeles no hace más que sustituir unas ideas por otras; de víctima de un ensueño pasa a ser víctima de otro que se le antoja antagónico. Si antes se movía alrededor de un círculo sin fin, tampoco acierta a salir de él ahora. Entonces, las ideas eran el vino que lo empujaban. Fracasó pero, la culpa fué suya, no de la filosofía que intentó poner

en práctica. Si en vez de derrotado hubiera sido triunfador, ¿para qué hubiera servido Nietzsche? El ansia de triunfo que lo levanta y lo enriquece con una ola de sangre roja y generosa no reside en la excelencia del propósito que ahora lo anima sino en la necesidad fisiológica de tentar una ruta nueva, virgen aún de sus plantas doloridas y experimentadas. Si se hace egoísta, cruel, duro, materialista, es porque poniendo en práctica virtudes de otra clase no logró calmar el ansia que lo atormentaba, que lo atormenta todavía, que lo atormentará siempre. Si reniega de sus ídolos es porque no le han dado lo que de ellos esperaba como un dios infalible. Otra dirección en la brújula de su vida y el resultado hubiera sido muy distinto. El efecto, no depende, como lo pretende Reyles, de la cantidad de verdad y mentira que hay en los principios impulsores de su conducta, sino en otra fuerza que no llega a avizorar con claridad. Toeles reniega contra todas las normas intelectualistas que causaron el fracaso de su vida, sin notar que se entrega, tan indefenso y con tanta ingenuidad como antes, a otras normas intelectualistas; y troca su engaño, al salir de la embriaguez profunda en que lo habían sumido unas cuantas palabras representativas: Derecho, Ideal, Democracia, Altruismo. por otra embriaguez semejante que le causan en su espíritu otras palabras de idéntico valor impulsivo: Fuerza, Energía, Libertad, Egoísmo. Cuéstale mucho, como es lógico, abandonar definitivamente la senda porque marchaba confiado y aún en plena evolución, cuando su espíritu marcha a velas des-

plegadas hacia los nuevos derroteros, cae en amargos minutos de duda, en hondas crisis purificantes que amenazan llevarlo a la desesperación, pero que, en cambio, lo conducirán a la salud.

Poco a poco se serena y emprende valientemente la ruta en el fondo de la cual brilla como un sol el éxito que desea como a una mujer, después de quebrar a su alrededor todo lo que pueda recordarle un pasado que cree ahora abominar tanto como antes quiso. Nada más natural en un hombre en plena madurez que pronto comenzará a descender por la áspera montaña de la vida, al extremo de la cual abre su inmensa interrogación nunca contestada el mar misterioso del que no se retorna jamás. Toeles se vuelve juicioso y razonador, frío y duro. Abandona sus viejos ideales pero los abandona con lágrimas en los ojos, como el que se des- tierra de un lugar querido en donde ha sido dichoso. La misma obra vuélvese así contra el pensamiento obsesionante del autor. El psicólogo derrota al doctrinario restableciendo el natural equilibrio de la fábula y encajándola en normas reales y no violentadas. Así, cuando Toeles responde a Mamagela que lo interroga sobre si se conformará con el destino que le aguarda, afirma él, con una voz que humedecen las lágrimas, que desde ahora edificará más castillos de naipes. Una noche, guiado por la fuerte voluntad, que es un aspecto nuevo de su carácter, abre la maleta en la que guarda los manuscritos de muchas obras malogradas, en las que vertió lo mejor de su espíritu, y melancólicamente los despedaza, junta con cartas y otros

recuerdos de amor que yacen juntos en aquel rincón en el que amontonó sus secretos más queridos. Obra como un sonámbulo, como un místico, impulsado por una fuerza extraña en él, ante la cual no posee defensa alguna. "Aquellos papeles amarillentos, cuasi cadavéricos en los que su ardiente juventud puso tantas fastuosas esperanzas, su corazón tanto amor, su inteligencia tanto generoso desvarío, se le antojaron los restos mortales de un alma fenecida. ¡Cuántas grandes ilusiones cabían en tan pequeño espacio! ¡Cuántos muertos en tan breve fosa...! Uno a uno fué sacando los legajos, los cuadernos, los abultados paquetes y luego de leer tal cual página, ya recobrado, las rompía a todas y arrojaba al canasto con sendría entereza y mano temblorosa pero suavisada al mandato de la voluntad. El último paquete, el más voluminoso, estaba sellado y lacrado. Eran cartas. Al desgarrar la envoltura del papel de seda que las contenía cayeron sobre la mesa muchos pliegos perfumados, un retrato de mujer y algunas flores secas, descoloridas, próximas a deshacerse en polvo. Toeles contempló largo rato la cándida niña de ojos sonadores, boca infantil y cuello como el tallo del lirio. Esa pequeña cabezita, murmuró, tuvo mis fiebres; esos labios no mintieron; esos ojos se llevaron al otro mundo la encantada imagen del hombre que ella, ella sola veía en mí y que yo hubiera querido ser. Luego estrechó el retrato contra su corazón, lo besó con frenesí y lo rasgó también".

Con esta escena simbólica termina la obra, coincidiendo con el final del proceso psicológico evolu-

livo de Toeles. Este se ha librado de la peste romántica, espiritualista, igualitaria, que malgastó sus más nobles y jóvenes energías. Cada uno de los demás personajes de la obra tiene su valor especial, pero ninguno el relieve del protagonista. Mamagela, la suegra, es una paisana laboriosa, dicharachera, práctica y alegre que empuña como tantas otras similares, con mano firme, el timón del hogar que prospera gracias a su instinto seguro que la ha hecho salvar los más difíciles escollos. Tráela a propósito Reyles a la novela, para hacer que esta mujer sencilla, semi-ignorante, pero dotada de grandes virtudes prácticas, sirva de contraposición a Toeles y hasta sea su áncla propicia en difíciles instantes de naufragio moral. Mamagela llena páginas enteras del libro con su personalidad simpática y movida, simple y armoniosa, con su palabrerío pintoresco, con sus sentencias de corte perogrullesco, pero sanas y sustanciosas como fruta del campo. En cambio Reyles nos ofrece una caricatura indigna en Amabí, la maestra, la mujer de Toeles, débil y pedante, simple reflejo de los errores de su marido, sin personalidad ni brío, un pobre sér, víctima también del intelectualismo y del nefasto veneno que vierten los libros en las almas inferiores. Este personaje, es un grueso error de novelista que ha extremado en él los tonos oscuros hasta ofrecernos un repulsivo harapo. Por el contrario, tiene la fuerza de una figura epopéyica, el caudillo bravo y adusto, Pantaleón, producto sintético de nuestro gauchaje levantisco, que no concibe la vida sino

a caballo y con una larga lanza entre los fuertes dedos, y que mientras dura la paz sólo se ocupa de prepararse "para la otra". Todo lo que se refiere a Pantaleón está pintado de mano maestra, sobre todo su muerte épica que forma una de las partes más emocionantes del libro. Hermosa también la tragedia de Primitivo, el paisano dotado de todas las virtudes serenas, que ve quebrarse su vida por una honda conmoción pasional que la vuelca totalmente obligándola a seguir rutas antagónicas a las que hasta ahora hellara. Hay algo del fatalismo griego en el destino de este personaje abatido por la desgracia como el buque por la tempestad. Los demás tipos que presenta Reyles llenan el cuadro completándolo y dándole vida y movimiento como conviene a una narración novelesca.

El estilo de "El Terruño" es como todo el de Reyles: musculoso y brillante. No acusa por lo general la preocupación laboriosa del artífice que se empeña en buscar la originalidad, pero la alcanza, aunque no con tanto éxito como en "La muerte del Cisne". Salvo algunas frases de evidente contorsión y de muy dudoso gusto, como "oíase el silencio campesino", y "ni una chispa de viento", el libro está escrito en lenguaje rico en palabras pero claro, conciso y de oportuna y no recargada adjetivación. Léese con gusto, aún cuando no se participe de sus ideas filosóficas, ni se admitan sus conclusiones ideológicas, ni se encuentren bien ciertas libertades de lenguaje que a nuestro parecer afean innecesariamente algunas

páginas. Todo lo cual quiere decir que la obra se lee con placer porque posee un real valor literario y por lo cual se va a imponer a la consideración del juicio de sus contemporáneos, y por lo cual también "El Terruño" no va a ser olvidado demasiado pronto. En resumen, esta obra se nos presenta como un fracaso para el sembrador de ideas, para el doctrinario de un nietzschianismo utópico, excéntrico y sin base, al mismo tiempo que como un nuevo triunfo para el narrador, para el literato, para el hábil artista de la frase que siempre ha habido en Carlos Reylos.

Enero de 1917.

El "Ariel" de José Enrique Rodó

Ariel, genio del aire, "preso en bronce", está también contenido en la serena prosa de este sermón laico que Rodó, en el pináculo de su talento, dedicó a la juventud de Hispano-América. Si alguna vez se ha cantado con mística unción la suprema del alma sobre la materia, ha sido ésta, que recuerda tanto a la sátira casi pesimista de Renán, amargado por el triunfo momentáneo del bajo espíritu. Rodó no pronuncia su discurso ante la juventud que lo escucha absorta, pendiente de la magia amable de su palabra: lo oficia. Vaso repleto de miel dulcísima, sólo sabe dar lo que guarda suavemente, como un río que se desliza por un plano insensible, entre dos orillas pulidas y armoniosas. No hay una duda que como una piedra forme un remolino que enturbie la dulce corriente. Desde el principio al fin, el mismo tono discreto, la misma frase cálida, el mismo giro musical en que se adivina el horror por lo detonante, lo nervioso y lo inesperado. Se comprende que marcha sin brusquedades por una ruta fácil que no llaga sus pies, y que sus ojos están fijos en una estrella que lo atrae con fuerza irresistible. Si el